

EL REGRESO DEL FOLLETIN

IGNACIO DE LA VARA

EN otros tiempos no muy lejanos —la infancia de casi todo el mundo— el folletín entraba por debajo de la puerta. Era la novela por entregas. Llegó hoy al mismo lugar, al mismo gabinete, por medio de la televisión. En este medio siglo largo, la técnica de la comunicación ha progresado a velocidad de meteoro: pero su contenido está paralizado. El folletín —cinco, diez céntimos— introducía cada semana fragmentos continuados de historias desgarradoras: «Los huérfanos del arroyo», o «El pastelero de Madrigal»; «La vuelta al mundo de dos pilletes» o, cómo no, «José Balsamo», que ha regresado otra vez a los hogares. Una literatura «de consolación» escribió, mucho más tarde, Umberto Eco. La alta crítica literaria mantuvo siempre sus distancias para con este género engolado, abultado, lacrimógeno. Hizo falta que, aparentemente, desapareciera para que los críticos de lo que se llama «cultura de masas» empezaran a desentrañarlo, casi como un fenómeno sociológico más que literario. Encontraron una reivindicación de los humildes que iba más allá de la caridad cristiana: encontraron unas descripciones crueles de los poderosos y sus intrigas. Hasta formas de ensalzar la revolución. Wenceslao Ayguals de Izco suministró uno de los grandes títulos históricos del folletín español: «María o la hija de un jornalero» (y «Pobres y ricos o la bruja de Madrid», y otros muchos); y Ayguals fue uno de los luchadores de lo que se ha llamado «socialismo utópico», en nombre del cual tradujo otro gran folletín americano: «La cabaña del Tío Tom». No olvidemos lo que ha pasado después: la palabra «utópico» fue empleada con una dureza peyorativa por los «científicos» hasta dejar desprestigiados a unos combatientes honestos y perseguidos que trabajan con el material ideológico que tenían a su alcance. Y el término «tío Tom» es también peyorativo a partir de la «revolución negra» en los Estados Unidos que ha refrendado el «poder» en lugar de la blandura. Generalmente las atribuciones de posibilismo e imposibilismo, de eficacia y de desviación, han estado siempre mal aplicadas. Hay momentos en las sociedades y en los problemas de la izquierda en los que los «científicos» van apareciendo como más utópicos que los «utópicos» y quizá sin los «tíotoms» de entonces y aún de ahora —el apelativo le fue aplicado a Martín Lutero King— el estremecimiento contra el racismo no hubiera sido el que es. El folletín ha tenido su parte en la lucha. Dostoiévski era un escritor de folletines; y Dickens. Escribían a veces acuciados por la necesidad de hacer la entrega al editor, para mantener la regularidad de la publicación. Como Simenon, que comenzó escribiendo sus novelas policíacas como «feuilleton» para «Le Figaro» con tal éxito que el periódico le encerró en una cabina de cristal, en el vestíbulo de su edificio de los Campos Elíseos, para que el público pudiera verle en trance de escribir la entrega del día. Dickens y Dostoiévski no tuvieron que acudir a la picaresca española —sólo los españoles acuden a la picaresca española— para crear el estilo entrecortado de los folletines. Aquí se pagaba por líneas —a céntimo la línea— y el escritor entrecortaba su texto de ayes y suspiros, de diálogos de frases brevísimas. Para cobrar un poco más con la misma inspiración. (Tampoco ha cambiado mucho la técnica: en los dramáticos de televisión y «El viudo Rius» fue un ejemplo insigne, se alargan los paseos, las subidas y bajadas de escaleras, el

paso de las nubes, para ganar así más tiempo con un guión breve).

La deformación del folletinista para conseguir una realidad «de izquierdas» no ha conocido límites. Hemos visto hace poco «José Balsamo»: Dumas no vaciló en convertir la figura del conde de Cagliostro, aventurero dudoso metido en la corte para su propio provecho, en un héroe revolucionario, capaz de presentir entre otras cosas la toma de la Bastilla; y a la masonería como fuente de la Revolución Francesa y «vanguardia» del poder popular.

Pero el folletín que entra ahora al gabinete no se limita a la reconstrucción del literario: a «Rebeca» o «Cumbres borrascosas», o a cualquiera de las viejas y entrañables muestras del género. Recrea el folletín moderno, con un pie puesto en el antiguo. «El extraño señor Duvalier», por ejemplo —francés, con colaboración italiana y española—, tiene también sus rasgos de la lucha por la libertad, pero mantiene el esquema básico de uno de los grandes folletines del pasado, el que tenía como personaje a Roulettable —obra de Gaston Leroux—. Que venía de las aventuras de Arsenio Lupin.

Los Estados Unidos no han vacilado en aplicar la fórmula. Uno de los más famosos folletines de nuestro tiempo ha sido «Hombre rico, hombre pobre», que no rehuía la institucionalización del malo recurrente —el inolvidable y querido Falconetti, que terminó por despertar todas las simpatías: era la víctima real—, ni la diferenciación entre los dos hermanos —el rico y el pobre— ni los problemas de hijos, amores clandestinos, matrimonios forzados. Y luchas misteriosas por el poder. Es difícil no relacionar la escena de «Capitanes y Reyes» en el que una reunión misteriosa en Londres determina quien ha de ser presidente de los Estados Unidos, con la de «José Balsamo» —primer capítulo— en la que los poderosos ocultos del mundo de entonces determinan que ha de terminar el mundo de los reyes y empezar el de la libertad; no importa que sean de distinto signo puesto que la calificación es diferente —los poderosos conservadores de Londres son «malos», los poderosos revolucionarios de Francia son «buenos»—. Todo ello forma parte de uno de los elementos del folletín: el mundo oculto, el mundo que apenas asoma, pero que dirige. Un mundo «rocambolésco», por tomar una palabra heredada de uno de los más terroríficos folletines, «Rocambole», de Ponson du Terrail. Vago, impreciso, dudoso o ambiguo, el folletín casi siempre es «de izquierdas». Lo fue entonces y lo sigue siendo ahora. Emana una sensación de injusticia, de moral falsa impuesta por los grandes, de contrastes agudos entre los medios en que viven los ricos y aquellos que viven los pobres, de clases sociales maltratadas, de víctimas débiles —niños, mujeres, ancianos; o negros—, de algo que no puede seguir como está. Probablemente, más que la simple «consolación», o incluso que esa infiltración ideológica tantas veces criticada —en la literatura por entregas de entonces, en la pantalla de ahora— que supone la penetración de la idea de que el obrero bueno, laborioso, honrado y serio puede llegar a todo en este mundo: a condición de que consiga dejar de ser obrero. Es la creación de un ambiente, la difusión de un malestar. Y la demostración de que el estado de la cuestión entre pobres y ricos, entre el grupo de humillados y ofendidos y el de quienes les humillan y les ofenden, sigue estando en pie. ■